

“Un proyecto económico para la gente”

Algunas claves de lectura

Raúl González Fabre, SJ¹ – Diciembre 2014

El documento

El pasado 27 de noviembre, los profesores de Economía Vicenç Navarro (Pompeu Fabra y John Hopkins) y Juan Torres (Universidad de Sevilla) presentaron el documento “Un proyecto económico para la gente” en una rueda de prensa junto con Pablo Iglesias, el líder de Podemos. El documento fue hecho público al día siguiente, y puede encontrarse completo en el website del partido²; por eso no nos referiremos en este artículo a la rueda de prensa, siempre más coyuntural, incompleta y dada a imprecisiones, sino al documento mismo.

No resumiremos su contenido. El lector de Razón y Fe tiene capacidad de sobra para entenderlo completo por sí mismo; está escrito con pocos tecnicismos, para ser comprendido por una audiencia ilustrada general. Dado que ese documento y los programas que se deriven de él van a ser discutidos exhaustivamente durante los próximos meses, creemos que no hay sustituto a su lectura. De otra manera, sería imposible a nuestros lectores saber en qué medida ciertos aspectos de la propuesta de Navarro y Torres son reflejados y criticados en los comentarios de otros, o más bien distorsionados para cuadrarlos como el toro que se va a entrar a matar.

Lo que haremos en este artículo será ofrecer algunas claves (necesariamente parciales) desde las que comprender y evaluar mejor el documento de Navarro y Torres.

Su relevancia

Este documento desarrolla líneas programáticas que ya habían sido sostenidas en los programas de Izquierda Unida. De hecho, los autores tienen algún libro escrito junto con Alberto Garzón, diputado y líder *in pectore* de Izquierda Unida, como *Hay alternativas*³.

Lo peculiar del proyecto de Podemos no es tanto su contenido, sino que existe una posibilidad real de que resulte significativo en la conducción económica de España, si Podemos llega al gobierno. Esto no había pasado nunca con las propuestas de Izquierda Unida. Cuando ese partido ha alcanzado algún gobierno autonómico en coalición, como ha ocurrido varias veces, suelen darle conserjerías sociales, manteniéndoles cuidadosamente apartados de la conducción económica en sí. Podemos aspira a tomarla, y ello hace al documento de Navarro y Torres muy significativo.

Interpretar un documento económico

¹ <http://www.raulgf.com>

² <https://web-podemos.s3.amazonaws.com/wordpress/wp-content/uploads/2014/11/DocumentoEconomicoNavarroTorres.pdf>

³ <http://www.vnavarro.org/wp-content/uploads/2011/10/hayalternativas.pdf>

Para empezar, conviene preguntarse qué puede esperarse de cualquier propuesta económica y cuáles son sus limitaciones intrínsecas; si se quiere, a qué género literario pertenece un documento así. No se lee igual un texto si se piensa que es poesía que si se lo tiene por científico.

Empecemos con una analogía. Imaginemos un pasatiempo que en su momento fue bastante popular: consistía en una nube de puntos aparentemente caótica, que había que unir en cierto orden para obtener una figura reconocible:

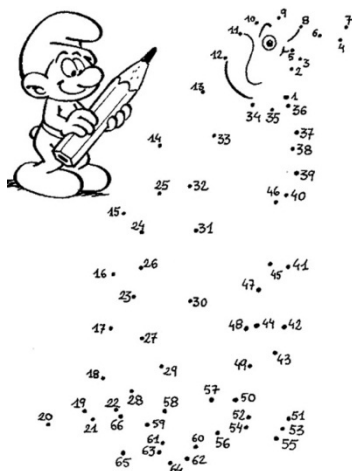


Fig. 1: tomada de <http://coloreapeque.com/unir-puntos/>

¿Fácil, no es verdad? Imaginemos ahora que la nube tiene muchos más puntos, y que no están numerados. La persona ya no tiene que descubrir una figura que otro escondió en el pasatiempo, sino que ella decide el orden en que se unen los puntos. Proyecta entonces sobre ellos una imagen que tiene en su mente.

Como en la Fig. 1, hay una parte del dibujo que ya está hecha: no queda sometida a ninguna decisión sino que se encuentra, por así decirlo, ideológicamente fijada. Si la persona es liberal, unirá los puntos de manera que, estén como estén y salga lo que sea, siempre querrá más libre empresa. Si es estatalista, la unión de los puntos que elija mostrará el sentido de dar un rol mayor al poder público.

Si el trabajo está bien hecho, la parte fija del dibujo debe encajar con el resto. Dado que la persona decide cómo unir los puntos, procurará hacerlo de manera que ese encaje ocurra. Un liberal no llegará a la conclusión de que hace falta menos empresa, ni un estatalista mostrará que es preciso menos Estado, estén donde estén los puntos. En ese sentido, una propuesta económica tiene siempre algo de apología: de saber al menos parte de la respuesta antes de hacer la pregunta.

Una complicación adicional deriva de que los puntos no solo son muchos sino además de importancia e incluso de existencia variable. La teoría que subyace el pensamiento de cada economista le dice qué puntos son relevantes y cuáles no: qué puntos verdaderamente existen de manera que el dibujo debe pasar por ellos, explicar la situación correspondiente y hacer pronósticos sobre cómo debe evolucionar en ese aspecto; y cuáles puntos son derivados de los anteriores, irrelevantes, ficticios o simplemente inexistentes. No solo

podemos unir los puntos en el orden que nos parezca, sino además elegimos qué puntos unir y cuáles dejar afuera del dibujo sin mayor remordimiento.

Y todavía hay una dificultad añadida a las anteriores. La vida económica contiene innumerables ciclos de realimentación positiva y negativa, entre lo personal y lo social y entre los diversos niveles sociales. Por solo mencionar algunos que están sobre el tapete, la recuperación económica de España depende de la inversión aquí de recursos disponibles en la esfera económica global. Eso genera empleo, que eleva la demanda agregada dando una buena perspectiva de vender en el mercado nacional, que a su vez es básica para muchas inversiones. Nadie pondrá una empresa si piensa que no va a vender. Por tanto, el éxito económico que pronostica el Gobierno depende mucho de que ese pronóstico sea creído por quienes tienen recursos para invertir: es una profecía que quiere autocumplirse. Ahora bien, la inestabilidad política (por ejemplo, en Cataluña o por razón del mismo Podemos) puede generar inseguridades en los inversores que hagan a las inversiones requerir más rendimiento para compensar el mayor riesgo de fracaso. Y quizás retraiga a los inversores más conservadores, que colocarán su dinero en otra parte. A su vez, la inestabilidad política que amenaza la recuperación puede ser una reacción social a las políticas fiscal, de empleo, etc., que se tomaron para propiciar la recuperación: otro ciclo, esta vez negativo.

La vida económica está llena de ciclos así, de manera que no es solo que cada cual elige cómo unir los puntos e incluso qué puntos unir, sino que al hacerlo, puede activar inadvertidamente ciclos que dejó fuera o interpretó de otra manera, impidiéndole alcanzar sus objetivos sobre los puntos que sí ha declarado relevantes.

Aunque en algunas versiones muy populares, como la neoclásica o la marxista, la ciencia económica se pretenda lineal, una especie de “Física social”, en realidad no es así. Es un saber sobre ciclos en que los puntos a unir se mueven constantemente por influencia de otros puntos, manifiestos u ocultos a la mirada del economista, que a su vez son influidos por los primeros, para bien o para mal. El economista bien formado intentará tomar en cuenta tantos de estos de estos ciclos como pueda, pero es inevitable que se le escaparán algunos y malinterpretará otros que operarán de manera diferente a como él piensa.

Al fin, una ideología es un criterio de selección para simplificar la realidad, focalizando unos puntos y no otros, atendiendo unas conexiones y no otras. El mapa no puede tener el mismo detalle que el territorio que describe, porque entonces tendría también la misma extensión, y ya no sería un mapa.

Todo lo anterior es relevante para analizar la propuesta de Navarro y Torres. Carece de sentido criticarla porque no considera tal o cual ciclo económico que se ve mejor desde otra ideología. Ello ocurre con todos los programas económicos. Sin ir más lejos, el del actual Gobierno parece haber ignorado la importancia de la política sobre la economía; con lo cual no solo ha perdido –según las encuestas– casi la mitad de sus votantes, sino que pone en peligro los mismos logros económicos de los que se enorgullece.

Tampoco derrota la propuesta de Navarro y Torres que una los puntos en un orden distinto al que cada uno de nosotros usaría (distintos a su vez), que no considere todos los puntos que nosotros estimamos relevantes, o que incluya unas partes fijas de la figura por razón de la ideología de los autores. De nuevo, las tres cosas ocurren en todas las

propuestas económicas. No existe tal cosa como una “ciencia económica objetiva” respecto a la que se pueda criticar el trabajo de Navarro y Torres por no ajustarse a ese saber como se criticaría en astronomía a quien sostuviera que el Sol gira en torno a la Tierra.

La crítica posible es fundamentalmente interna. Se refiere a si con los medios que Navarro y Torres proponen pueden verosímilmente alcanzarse los objetivos que los mismos autores consideran valiosos, o si la derrota del documento está construida dentro del propio documento, porque ignora o malinterpreta aspectos decisivos para sus objetivos. En los meses que siguen veremos gran cantidad de críticas de todos colores a la propuesta de Navarro y Torres y a los programas de Podemos inspirados en ella. Aquí sugerimos que el lector de Razón y Fe, por razón de la estructura de todo discurso económico, preste atención a aquellas que discutan precisamente la adecuación interna entre medios y fines.

La consideración de los fines

Para comprender el significado de este documento, es preciso hacerse cargo de las motivaciones centrales de los potenciales seguidores de Podemos, para quienes constituye una referencia importante. Las personas comunes votan a partir de su microexperiencia, no de análisis sociales de conjunto. Lo esencial en la evaluación de cada microexperiencia no es si esta resulta buena o mala, sino si va a mejor o a peor. Dicho con otras palabras, la primera comparación que nos importa no es de nuestra riqueza, ingreso, consumo, etc., con otros sino con nosotros mismos en el tiempo.

La gente no está contenta o descontenta porque su renta sea mayor o menor que la de Senegal o que el promedio de la Europa de los 27; sino porque está mejorando y espera mejorar más en el futuro. Eso explica que la España de 1964 fuera mucho más pobre (absoluta y relativamente) que la de 2014, y sin embargo, resultara un país políticamente mucho más estable y satisfecho: las personas comparaban sus años pasados con sus años futuros, detectaban progreso personal (y del ámbito que cada uno considerara como personal, por ejemplo su familia), y esperaban mayor progreso todavía. Se encontraban ante un horizonte abierto.

Por eso, a la hora de preguntarse por el sentido del voto, es preciso representarse la microexperiencia de las mayorías. No puede levantarse una sociedad de consumo de masas, estimular constantemente a todo el mundo a realizarse comprando, favorecer el endeudamiento para consumir; y luego cerrar a los jóvenes el camino al consumo, que consiste en un empleo con el que ganar dinero para consumir, y el camino al endeudamiento, que requiere la estabilidad de ese ingreso, por tanto de ese empleo. Si la persona siente que el mismo sistema que le indica la ruta en la vida, levanta un muro ante ella, nada hay de raro en que la emprenda a martillazos con ese muro y con el sistema que lo sostiene. La micromotivación detrás de este documento hay que buscarla en el desempleo y la precariedad del empleo, sobre todo juveniles.

Esa experiencia genera la búsqueda de salidas personales, del tipo de conectarse mejor para obtener alguno de los trabajos abiertos a jóvenes, estudiar más para optar a empleos más arriba en la escala, que por lo mismo pueden estar mejor pagados y ser más estables, o emigrar a Inglaterra, Alemania, Panamá, Colombia... Pero, como el 15M mostró, también produce una sed de salidas políticas. Podemos ha sido el canal en España, de manera semejante a como el Front National lo es en Francia, el UKIP en Gran Bretaña o el

movimiento Cinque Stelle en Italia. Donde los jóvenes ven todavía algunos horizontes abiertos, como en Alemania, los movimientos antisistema tienen menos predicamento.

Postura política irracional, se pensará, semejante a Sansón prisionero derrumbando el templo filisteo para morir entre las ruinas. Tal vez; pero la razón por que la gente vota está más relacionada con su experiencia concreta que con creer a los de más 'visión de conjunto'. Quizás porque quienes tienen más de esa visión, suelen ser al mismo tiempo personas de cierto éxito en el sistema, a las que les ha ido bien, sujetos ante quienes los horizontes se han abierto. No es raro que no alcancen a entender bien la experiencia de los que tienen los horizontes cerrados; ni tampoco que estos últimos no se sientan representados en los primeros y/o no les crean. Si nunca han pasado por lo mismo que yo, ni cerca, es más difícil que sus propuestas me resulten creíbles, salvo que pueda tocar personalmente los resultados con los dedos de la mano.

El paralelo con otros casos europeos conduce a una idea básica adicional relacionada con las motivaciones: resulta preciso que los culpables –por tanto quienes deben cambiar o desaparecer de la escena– sean otros. Navarro y Torres (2014: 6) lo dicen explícitamente: “nos planteamos este documento convencidos de que la situación a la que hemos llegado y de la que se trata de salir no es el resultado de una ley natural o de circunstancias ineluctables sino de la sucesión de muchas imposiciones antidemocráticas por parte de los grupos más poderosos pero muy minoritarios de nuestra sociedad, de políticas no deseadas por la mayoría de la población que solo apuntan a consolidar los privilegios, el beneficio y el poder de los de arriba”.

Una visión más matizada sería posible. No ciertamente por la vía de pensar la economía como regida por leyes cuasinaturnales, lo que ya hemos visto que es absurdo hasta de concepto. Más bien reflexionando en que “hacen falta dos para un tango”. Si encontramos un sobreendeudamiento paralizante en la sociedad española, ello no es solo porque unos pocos estimularon el consumo y concedieron crédito largo más allá del ahorro nacional, sino porque muchos más solicitaron ese crédito bajo hipótesis muy optimistas respecto a sus posibilidades de repago. Y así podríamos seguir con otros aspectos de la economía y la política españolas, incluyendo eventos que siguen sucediendo, como los que vemos en Cataluña.

La ausencia de este matiz de distribución de las responsabilidades por los males que nos afectan, y por tanto, de la medida en que cada sujeto debe cambiar, es lo que caracteriza a los populismos. Poco importa que el otro sea “la casta” como para Podemos en España; “Madrid” como para los independentistas varios; los alemanes, como para el Front National en Francia; o la Unión Europea continental, como para el UKIP en Gran Bretaña. Lo esencial es que el malo sea otro y yo sea mera víctima, que ahora se rebela. En ese sentido, derecha o izquierda resultan un segundo apellido de menos relevancia; el primero y más característico es siempre populismo.

Otra forma de decir lo mismo consiste en hablar de “derechos” inalienables donde en realidad hay contratos (públicos o privados) que dependen para repetirse y durar de que la contraparte también gane con ellos. Probablemente por su simplicidad conceptual, nuestra sociedad tiende a hablar de cuestiones morales (sea éticas o políticas) usando el

lenguaje de derechos⁴. Las ONG y los sindicatos han hecho mucho para popularizar esa manera simplificada de hablar. Pero si se mira un poco más, detrás de los derechos se encuentran siempre contratos en que si el otro siente que pierde sistemáticamente, tenderá a retirarse. Por supuesto, el Estado podrá evitar, por un tiempo, que se retire; para eso cuenta con cierta fuerza coactiva. Pero a medio plazo, la retirada por la emigración de capitales y de personas cualificadas, no puede ser evitada en una sociedad económica abierta. El uso del lenguaje de derechos en el documento de Navarro y Torres es algo a lo que prestar atención desde este punto de vista.

Dicho eso, es preciso introducir el matiz completo: la responsabilidad por la situación y los cambios requeridos no están repartidos por igual en el cuerpo social. Muy en grueso (luego caben matices adicionales en los que no entraremos) son proporcionales al poder social que cada uno tenga. En una sociedad que se rige en buena medida por elecciones y mercados, ello significa que no hay casi nadie enteramente desprovisto de algún poder, por tanto de alguna responsabilidad. Pero evidentemente el poder social está distribuido entre la población de manera muy desigual. En particular, puede pensarse en algunas élites que influyen decisivamente en la configuración de elecciones y mercados, y luego en grupos directivos fundamentales para realizar esas configuraciones. La falta demostrada de autocrítica y voluntad de cambio de las élites políticas y económicas del sistema, subleva a quienes sufren las consecuencias del malhacer de esas élites y se sienten impotentes frente a ellas. Además, la corrupción no ayuda a la credibilidad política de las élites; es mortal para su capacidad de liderazgo.

En ese sentido, la posición de Navarro y Torres habla, faltándole matices muy importantes, a motivaciones fundamentales que pueden ser fácilmente confirmadas por la experiencia cotidiana de sus audiencias. Hacerse cargo de esas motivaciones, y por tanto de la parte muy central que toca en los cambios precisos a los detentadores de mayor poder social, es un primer paso básico para cualquier crítica a los contenidos del documento de Podemos. Atacar las ideas de Podemos o personalmente a sus líderes, como se está haciendo, sin comprometerse a la vez de manera efectiva con las reformas políticas y económicas más obvias para volver a abrir horizontes a los españoles de a pie, es necio y además se demostrará inútil.

Los equilibrios económicos

La vida económica es un asunto de equilibrios dinámicos: “Las gallinas que entran por las que salen”, como dice José Mota. Si no hay un equilibrio entre lo que se produce y lo que se consume, tenemos bien ahorro que invertir para producir más, bien déficit que financiar, como lleva tiempo ocurriendo en España a nivel público, y mucho más tiempo en la economía privada.

El déficit puede financiarse a su vez con deuda o con inflación. La inflación viene a ser un impuesto muy recesivo, que golpea más fuertemente a quienes tienen un ingreso fijo en la moneda sometida a inflación (como un sueldo, una pensión o un subsidio de paro), así que la pertenencia a un euro bajo control alemán, que imposibilita a nuestros gobiernos

⁴ En la revista ICADE, 79 (2010: 231-264), publicamos un artículo con una encuesta a estudiantes de ICADE que incluía ese tema. Puede leerse también en: <http://www.raulgf.com/wp-content/uploads/2014/11/GonzalezFabreR2010ICADE.pdf>.

financiar sus déficits con inflación, tiene un elemento benigno intrínseco. Quién sabe lo que hubiera hecho Zapatero si hubiera dispuesto de la máquina de imprimir billetes.

Nos queda entonces el endeudamiento para financiar el déficit. Y la necesidad de que no haya más déficit a futuro sino al revés, cierto superávit con el que ir devolviendo deudas ya adquiridas. Así puede entenderse que el endeudamiento público haya subido hasta casi el 100% del presupuesto nacional, que la política económica diga centrarse en la reducción del déficit, y que el sector privado vaya repagando poco a poco sus deudas con los bancos exteriores.

Lo característico de los equilibrios económicos es que los dos términos que se restan para dar superávit o déficit no son independientes entre sí. El concepto más importante que los une es el de inversión: puede gastarse más de lo que se tiene, incurriendo así en deuda adicional, si el resultado del gasto es un aumento en la capacidad productiva que rentará más que el servicio de esa deuda. Ello da sentido a la antinomia entre quienes quieren reducir el déficit gastando menos y quienes piensan que puede gastarse más siempre que la inversión sea buena y el déficit generado resulte reabsorbido por sus resultados.

No es casual que en la primera línea se encuentre más el Banco Central Europeo y en la segunda línea la Reserva Federal americana, porque los Estados Unidos son un solo país y la Unión Europea no lo es. La multiplicidad europea añade el riesgo de que el déficit sea gastado por unos y pagado por otros distintos, que no existe si el que se endeuda es el mismo que va a tener que repagar. Alemanes, fineses, holandeses y semejantes, se niegan a pagar el déficit de países como el nuestro, que en última instancia no pueden controlar.

El documento de Navarro y Torres se propone buscar nuevos equilibrios en la economía española. No es difícil notar que hay amplio campo para la mejora en una economía muy oligopolizada que no consigue emplear formalmente a la cuarta parte de la fuerza de trabajo. Tanto la vinculación entre beneficios empresariales y conexiones políticas como que a esta economía le “sobren” la cuarta parte de los trabajadores, sugiere que hay en la sociedad española fuerzas creativas importantes desaprovechadas. Es una economía ineficiente. La pregunta adecuada al documento que nos ocupa es si sus líneas de acción servirán para liberar más fuerzas productivas en la sociedad española, y por tanto habrá más riqueza para satisfacer las demandas sociales de consumo que se expresan a menudo como derechos.

Puede pensarse también que, como dicen los jóvenes sicarios en Colombia, “la plata ya está hecha: no es sino ir por ella”, es decir, que el problema básico sea de redistribución. Evidentemente, si un mercado competitivo resulta ya un mal distribuidor, no digamos un mercado oligopólico; y con semejante desempleo, de antiguo se sabe también que la distribución del valor añadido va a moverse hacia el lado del capital en detrimento del trabajo (de quienes lo tengan). Todo eso está pasando. Una solución, ya encontrada por diversos caminos hace casi un siglo, consiste en que el Estado (i) haga de árbitro en la distribución entre capital y trabajo y (ii) asuma un rol básico de redistribución via servicios públicos, programas de asistencia, etc. Todo ello puede hacerse mejor, sin duda. Incluso puede hacerse en un volumen *relativo* algo mayor (aunque el gasto público ya sea el 44.8% del PIB, según Eurostat; las cifras de otros países comparables del entorno sugieren que podría ser algo más).

Pero la gran cuestión que debe plantearse a cualquier propuesta que confíe en el Estado como mecanismo básico para realizar los derechos económicos que proclama, es cómo va a conseguir que el Estado disponga de un mayor volumen *absoluto* de recursos. Es la cuenta de la vieja: si recaudamos más porcentaje de un PIB menor, podemos acabar con menos dinero para gastar. A corto plazo, elevar los impuestos da más dinero al Estado, pero a medio plazo puede resultar contraproducente, y generarle menos que antes. Por ello resulta tan importante la conexión entre gasto y producción, que habíamos expresado en conceptos como inversión o liberación de fuerzas productivas. Cada movimiento económico sostenible en el tiempo implica que, después de él, nuestra sociedad produzca más que antes. Entonces hay base para satisfacer mejor los derechos. Si no, como en Venezuela, puede proclamarse el derecho inalienable a la alimentación con supermercados medio vacíos.

Monopolios y oligopolios diversos

Mencionemos un último detalle que no debe buscarse tanto en la propuesta económica de Navarro y Torres como en el contexto político más general de Podemos. Es bastante claro que el mercado español sufre de concentraciones de poder que convendría limitar, que ellas no solo tienen efectos económicos sino también condicionan las políticas que les afectan (“lo que es bueno para General Motors es bueno para los Estados Unidos”), y que el Estado podría ser utilizado para una función antimonopolio económicamente benigna...

Sin embargo, no conviene olvidar que el Estado constituye en sí mismo un monopolio político que tiene de su lado la fuerza coactiva de la ley, como no la tienen en nuestra sociedad ni aún los oligopolios privados más fuertes (a no ser que la reciban del Estado). Si la injusticia y el daño posibles son proporcionales al poder social que cada uno detente, desde el Estado son enormes. De hecho, la idea de utilizar el Estado para mantener a raya los oligopolios privados se basa en oponer a un poder económico otro poder más fuerte, esta vez político.

Pero, “¿quién vigila a los vigilantes?” ¿por qué hemos de suponer que el poder estatal será usado para bien común, en vez de agrandarse y perpetuarse a sí mismo, como todos? Montesquieu respondió a esa pregunta proponiendo la división de poderes del Estado. La idea puede generalizarse a una división de poderes en toda la sociedad, de manera que se controlen mutuamente: el sistema de *checks and balances* del que hablan los americanos. La Unión Europea ciertamente limita el poder económico del Gobierno español, lo que quizás nos protege más de lo que nos imaginamos. Una pregunta pertinente a la propuesta de Navarro y Torres, aunque la respuesta habrá que buscarla más bien en el programa político de Podemos es: ¿qué nuevo equilibrio de poderes propone en el área económica? ¿Serán poderes más distribuidos en la sociedad y mejor controlados mutuamente que los actuales, o los intereses populares dependerán todavía más que ahora de ministros “justos y benéficos”, como salidos del artículo 6 de la Constitución de Cádiz de 1812?